

esposa y á todo el mundo lo que le habia pasado, y sigámos á nuestro héroe en la nueva peregrinacion que emprendió para conseguir que la corona de España aceptase la rica joya que aspiraba á ofrecerle.

CAPITULO ALFONSO

CAPITULO XI.

Una carta de recomendacion.



POBREMENTE vestido, pero revelando, á pesar de su pobreza, la superior inteligencia de que estaba dotado, se encaminó Colon hácia la mezquita, convertida en templo católico, para averiguar dónde vivia fray Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, confesor de la reina, y que, por lo tanto, acompañaba en todas sus expediciones á la corte.

Martin Carrasco se prestó á acompañarle hasta la iglesia, porque conocia todas las calles y enrucijadas de la ciudad, y podia dispensarle aquel favor.

Pero una vez delante del atrio de la antigua mezquita, vió á varios compañeros, y se separó de Colon para ir con ellos á hablar de sus batallas pasadas y de sus belicosas esperanzas futuras.

Colon preguntó á unos acólitos que habia en el atrio dónde podria encontrar á fray Fernando de Talavera, y éstos le encaminaron hácia el Palacio Viejo, que era donde se hospedaba el confesor de la reina.

El ilustre genovés se dirigió á uno de los pajes de su eminencia, y le suplicó que anunciase á fray Fernando de Talavera su llegada con una carta de recomendacion de fray Juan Perez de Marchena, superior del convento de la Rábida.

—Muy grande amigo es de su eminencia, dijo el paje, y voy al punto á participarle vuestros deseos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Hizo á Colon que subiese una espaciosa escalera de mármol, y le dejó en una antecámara, donde habia algunos eclesiásticos, pajes y demas individuos de la servidumbre del confesor de la reina.

Precisamente la hora en que llegaba Colon al palacio era la más oportuna para ver á fray Fernando de Talavera.

Acababa de comer opíparamente, como solia hacerlo, y estaba del mejor talante posible para recibir á un pretendiente.

Era fray Fernando de Talavera hombre de unos cincuenta á cincuenta y cuatro años, de mediana estatura, bastante obeso y de un semblante apacible y bondadoso.

Si se cuidaba mucho su eminencia, era fácil adivinarlo al ver sus abultados carrillos, el color de sus mejillas y el brillo de su tez.

Habíanle acompañado á saborear los riquísimos manjares que se servian en su mesa dos ó tres canónigos muy amigos suyos, su secretario fray Prudencio, mercenario muy jóven, aunque de gran talento y no poca sagacidad; en una palabra, con todas las condiciones para ocupar el puesto que desempeñaba; y algunos que otros nobles, de los que sabiendo la influencia que tenia el prelado sobre su majestad la reina, deseaban conservarse en su gracia.

La alegría reinaba entre los comensales cuando se presentó el paje y anunció á su eminencia la llegada del extranjero.

—Un nuevo pretendiente, sin duda, dijo uno de los nobles, que era el marqués de Almagro.

—Me le recomienda muy eficazmente, segun ha dicho, mi buen amigo Juan Perez de Marchena, y es necesario recibirle. Ademas, trae una carta, y por ella sabremos quién es. Decid al extranjero que pase.

El paje salió á cumplir las órdenes de fray Fernando de Talavera, y poco despues se halló en presencia de aquel pre-

lado, en quien tenia depositadas todas sus esperanzas el pobre é ignorado geógrafo, á quien la Providencia reservaba el glorioso título de descubridor del Nuevo Mundo.

El génio no sucumbe jamas à ese temor que causan los altos personajes, las eminencias de todas clases, á los que acuden á implorar su proteccion.

Al avanzar hácia el prelado para besar su anillo y entregarle la carta, el paso de Colon era firme, majestuoso.

—Bien venido seais, dijo el confesor de la reina al recién llegado.

Y al ver que se inclinaba para besar su anillo:

—Levantad y dadme la carta de mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena.

Colon entregó la misiva al prelado, y permaneció á corta distancia de él miéntras la leia, siendo objeto de las escrutadoras miradas de los circunstantes.

Colon tenia fijos sus ojos en los de fray Fernando de Talavera.

Este leia con avidez la carta; y se veia claramente en la expresion de su fisonomía que le ponía aquella lectura del mejor humor posible.

Una sonrisa burlona asomaba á sus labios.

—Pues, señor, exclamó despues de leer toda la carta, tengo que dar las gracias á mi buen amigo el prior de la Rábida, porque me ha proporcionado la ocasion de conocer á un hombre, que, perdonad que os lo diga, ó es un génio, ó es un loco.

Estas palabras excitaron la más viva curiosidad en todos los circunstantes, y al notarlo fray Fernando de Talavera:

—Indícame mi amigo, el buen prior, que me entregará esta carta un genovés, hombre de gran talento, de gran virtud y de un génio poderoso, que animado por el más vi-

vo deseo de encontrar un camino más directo y más corto que el descubierto por los portugueses para llegar á las Indias, ha concebido la esperanza de hallar en medio de la inmensidad del Océano extensas tierras con una raza primitiva y con inapreciables tesoros.

Suplicame además que le dispense mi protección y hable á los augustos reyes en favor de su recomendado; y cree, por último, haberme facilitado con esta ocasión la de ofrecer á la corona de Castilla uno de sus más espléndidos florones.

Las palabras de fray Fernando de Talavera fueron acogidas con irónica sonrisa por sus comensales.

Parecíales todo aquello delirio de una imaginación calenturienta, y no hacían otra cosa más que fijar sus miradas en Colon, que aguardaba con impaciencia la respuesta del confesor de la reina.

Fray Fernando de Talavera le miraba á su vez como queriendo sorprender en él los síntomas de la demencia que en su concepto padecía.

Pero las miradas de aquellos hombres perdían toda su fuerza ante el fuego de las que despedían los negros y brillantes ojos de Colon.

La severa serenidad de su rostro, la actitud, á la vez orgullosa y humilde, con que esperaba el fallo del confesor de la reina, desconcertaban á aquellos alegres convidados, que estaban más dispuestos á tomar á chanza y á burla lo que oían, que á darle toda la importancia que tenía en sí.

—¿Estais seguro de que no habeis soñado? preguntó fray Fernando de Talavera.

—Si vuestra eminencia se digna oírme á solas, repuso Colon, tendré acaso la dicha de demostraros que no es sueño, sino la realidad, lo que deseo ofrecer á los augustos reyes de esta nación.

—De cualquier modo que sea, añadió el prelado, yo debo las mayores atenciones á fray Juan Perez de Marchena, y es mi deber prestaros todo mi apoyo.

Habeis venido, sin embargo, en una ocasión muy mala.

No es esta la mejor época para hablar á los reyes en favor de proyectos imaginarios, cuando todos sus pensamientos, todos sus deseos, son exclusivamente limpiar de mahometanos esta tierra y alejarlos para siempre de sus madrigueras de Almería y Granada á los confines de Africa.

Pero no obstante, venid á verme en mejor ocasión, y aun cuando no espero conseguir en favor vuestro lo que deseais, tendré al ménos el placer de demostraros á vos, y á mi amigo el prior de la Rábida, cuánto estimo sus buenas prendas.

Colon se despidió bastante triste, y aun no habia salido de la antecámara, cuando resonaron en su oído las carcajadas de los comensales de fray Fernando de Talavera, que burlándose de su proyecto, como se habian burlado los cortesanos de don Juan II, compadecían su estado, creyéndole demente.

Por más que las palabras del confesor de la reina le hubieran demostrado que deseaba atender la recomendación del prior de la Rábida, no se hacia ilusiones.

Los síntomas eran fatales.

Todo lo hacia creer que un nuevo y doloroso martirio le aguardaba en la corte de los Reyes Católicos, y habia sufrido tanto, que le parecia que no tendria suficientes fuerzas para soportar aquella nueva prueba, no ménos dolorosa que las anteriores.

Desde el palacio episcopal fué, sin saber por dónde, hasta una plaza, donde descubrió un edificio suntuoso.

Era el alcázar en donde se hospedaban los reyes de Castilla y Aragon.

La plaza el Campo de los Mártires.

La muchedumbre se agolpaba en torno de la puerta, y en el momento en que llegó Colon, vió salir una lujosa litera, à la que seguian otras con gran acompañamiento de pajes y escuderos.

Colon se confundió con la muchedumbre, y por la primera vez de su vida fijó sus ojos en la excelsa soberana que la Providencia habia destinado á ser profeta de su sublime pensamiento.

En la segunda litera vió Colon á una dama de peregrina hermosura.

Sus facciones le recordaron las de aquella mujer que se le habia aparecido en sueños, y le habia mandado buscar en Castilla la realizacion de sus proyectos.

Maquinalmente se volvió à uno de los pecheros que habia à su lado, y le dijo:

—¿Quién es aquella dama que acompaña á la reina?

—¿La que va en la segunda litera?

—Sí.

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba, le respondió.

Colon no se habia equivocado.

Su presentimiento era cierto.

CAPITULO XII.

Luz y sombra



VIÓ Colon maquinalmente á la comitiva, que atravesando el Campo de los Mártires, desde el Alcázar Nuevo se dirigió á la Catedral, entrando por la Puerta de las Bendiciones.

En aquellos momentos iba la reina á asistir á una solemne funcion religiosa, en cumplimiento del voto que habia hecho para que obtuviese su augusto esposo el triunfo sobre los musulmanes en la batalla de Lucena.

Los que conocen la magnificencia de aquel templo, mezquita erigida al culto del Coran sobre el espacio que habia ocupado el templo de San Jorge, por el califa Abderramen ó Hixen; los que hayan pasado algun tiempo bajo aquellos esbeltos é innumerables arcos, bajo cuyas bóvedas se reproduce hasta lo infinito el eco de las oraciones y el melancólico sonido del órgano, comprenderán el efecto que produjo en Cristóbal Colon aquella maravilla de la arquitectura oriental, convertida en espléndida casa del Señor por el famoso Alonso Onceno.

La capilla mayor parecia una áscua de oro.

Millares de cirios iluminaban el retablo que ocupaba el lugar, del que cinco años despues fué costeadado por el obispo don Iñigo Manrique.

La reina, seguida de sus damas, llegó hasta el pié del altar mayor, en donde la aguardaba un reclinatorio de terciopelo